

dialéctica, de la política y de la moral. Encontró corrompido el gusto, y la tribuna ocupada por Cares, impetuoso demagogo, que ocultando su incapacidad bajo un monte de promesas é insolentes asertos, dominaba á la plebe. Vió tambien venir de Macedonia el turbion sobre la Grecia; y mientras todos se inclinaban ante el conquistador, él solo le opuso resistencia. Aun soñaba con tiempos mejores, y creía posible hacerlos revivir: no es ya un retórico que aspira al aplauso, sino un ciudadano, que puede equivocarse en los medios propuestos, pero que está profundamente convencido de lo que dice; y de aquí proviene su elocuencia verdadera, inspirada.

Su manera de hablar no tiene nada de lo que se llama elocuencia en los contemporáneos ó en Ciceron; esto es, lo patético, la ironía fina y ligera, las gradaciones delicadas, la templanza de expresiones, la magnificencia; pero posee un estilo natural, y sin embargo escogido y armonioso; y lo que importa mas, se manifiesta hombre de negocios, y dotado de ese carácter robusto, difícil de conciliar con la flexibilidad de talento. Obliga á pensar en las cosas que dice, mas bien que en su manera de decir las; va derecho á su objeto, con un vigor continuo, extraordinario; no hay en él pasajes artificiales, ni ripios; creyéramos que había improvisado sus arengas, si no supiésemos, por el contrario, cuánto las trabajaba, y que (cosa aun extraña para nosotros, y sin embargo muy usada antiguamente) en los momentos de descanso preparaba exordios. Así producian esa indefinible impresion que llamamos lo sublime, y probó que era merecedor de hacer la oracion fúnebre á la espirante libertad griega.

Esquines.

Su solo y digno rival fué Esquines. De este poseemos el discurso en que, atacando á Demóstenes, acusa á Timarco de inmoralidad y corrupcion. Muéstrase allí grande orador y dialéctico, lo mismo que en la arenga que escribió contra el mismo Demóstenes *por la corona*; la cual compite, y segun algunos, aventaja á la de su grande émulo (1). Raras dotes de ingenio poseía ciertamente el que pudo rivalizar con el primer orador de la antigüedad, hasta hacer que la posteridad no haya resuelto á cuál convenga la palma. Inútilmente se buscarian en Esquines la vehemencia atrevida de Demóstenes, su riqueza de formas, su delicadeza de conside-

(1) Encargado Demóstenes de restaurar los muros de Atenas, había dado para esta obra tres talentos (fr. 16,480); y hecho además á los comisionados elegidos por las tribus para presidir los sacrificios un presente de 100 minas (fr. 9,260). Tanta generosidad excitó la gratitud de los buenos ciudadanos, é hizo que Ctesifon redactase un decreto, ratificado por el senado y el pueblo, en virtud del cual Demóstenes recibiría solemnemente una corona de oro en las fiestas de Baco, publicándose por el heraldo que así honraban los Atenienses sus méritos para con la patria. Esquines, enemigo político de Demóstenes y su rival en elocuencia, envidioso de la gloria que le daría este decreto, atacó ante los Atenienses el decreto mismo, como contrario á las leyes, y citó á juicio á Ctesifon. Demóstenes se encargó de defender su propia reputacion y el decreto de Ctesifon, y no habiendo Esquines alcanzado la quinta parte de los votos, necesaria para librarse de la pena de acusacion temeraria, fué multado y desterrado.

raciones; ni sabe tampoco como este llevar la discusion por sendas oblicuas adonde ménos se espera, realzar el asunto por medio de contrastes, remontarse extraordinariamente para caer de mayor altura sobre el adversario. Entrambos vieron el partido que era posible sacar de lo cómico, segun la inteligencia que le daban sus conciudadanos, y por lo mismo se complacen en descender á la vida privada, en delinear caracteres, en describir usos y pasiones, en abandonarse á la invectiva; pero cada cual había comprendido dónde estaba su flaco; así Demóstenes evita los retratos, porque propende á exagerarlos; se complace en las narraciones, apostrofa con gusto al adversario, y busca las ocasiones de lanzar en abundancia chistes sutiles y punzantes; al paso que Esquines, conociendo que le falta el arma poderosa de la argucia, no atiende á las sutilezas, sino mas bien al raciocinio, á las conclusiones.

Demóstenes, sin embargo, sacaba gran partido de su situacion, pues podia citar sus mismos hechos, y aparecía noble y generoso impulsando á la accion, queriendo renovar los tiempos en que la Grecia se alzaba, como un solo individuo, contra los opresores; en que brillaban aquellos grandes hombres, cuya gloria se reflejaba aun sobre la degenerada posteridad. Esquines, mas frio, sin ser corrompido ni tal vez corruptible, conocia que aquellos tiempos habían muerto para no volver á resucitar; creía que los medios conciliatorios y los tratados darian mejores resultados con la Macedonia que la violencia, y en vano podia esperar que los cálculos de la prudencia le inspirasen aquella impetuosidad que su rival sacaba del heroísmo. Deseoso de hacer ver que esta política era la única verdaderamente útil, lo prueba afirmando que no hay república posible donde falta la moralidad.

Pero el orador, en la época de Demóstenes y Esquines, no debía poseer solo facilidad para expresarse; necesitaba tener además todas las dotes de un publicista, como son ó deberian ser los individuos de los parlamentos; conocer la estadística, la política, la hacienda, la administracion, el derecho, no solo teórica, sino prácticamente. Del discurso de Esquines aparece cuán profundas habían sido sus meditaciones sobre la esencia de los Estados, y que se había formado la idea de un gobierno; y aunque juzga mal á la aristocracia y á la monarquía, como cosas que eran extrañas á su patria, considera la democracia bajo su verdadero aspecto. No reconoce mas que tres formas de gobierno: el de uno solo, el de pocos y el de todos. Pero cada una, dice, toma sus leyes de distintas fuentes. En la monarquía y las oligarquías nacen de la mudable voluntad de los gobernantes: en las democracias, no queriendo precipitarse en un movimiento perpétuo, conviene que dirija el Estado un principio inmutable. Esquines fué vencido; pero pareció no reconocer en su adversario otra superioridad, sino la que le daba

su manera de exponer. Demóstenes había tomado lecciones de actores; y atribuía á esto tan grande importancia, que preguntado cuál era la primera cosa necesaria al orador, respondió: *la expresion*, y cuál la segunda y la tercera, respondió tambien: *la expresion*. Tenia en su casa un espejo delante del cual se ejercitaba en accionar y declamar; y habiendo acudido á él para que le ayudase uno que había recibido golpes de otro, y que sin embargo exponía friamente el caso, le dijo: *No es verdad que hayas recibido ese ultraje*. Entónces el otro levantando la voz exclamó: *¿Cómo! ¿con que no lo he recibido?* y Demóstenes replicó: *Ahora si que oigo la voz de un ultrajado*.

Se expresaba, en efecto, con mucho calor, particularmente en los discursos improvisados, que los antiguos nos recomiendan como los mas atrevidos y francos; aunque añadiendo luego que sobrepujaba á Cimon, Pericles y Tucídides en el estudio y en la fuerza, pero le era inferior en compostura y gravedad en el decir.

Después de estos, apénas merecen nombrarse Hipérides y Démades. El primero, acérrimo enemigo de los Macedonios, antes y después de Alejandro, respondía á los que afirmaban que Antipatro era bueno: *Lo será, pero no queremos amos buenos ni malos*. Antipatro le mandó cortar la lengua. Por el contrario, Démades vendía á menudo la suya para satisfacer opíparamente su estómago; si bien cuando fué necesario, supo aplacar á Alejandro, que estaba irritado con los demas oradores. Al preguntarle Filipo, después de la victoria de Queronea: *¿Dónde está ahora el gran valor de los Atenienses?* contestó: *Lo hubieras notado si Cares mandara á los Macedonios, y Filipo á los Atenienses*. Viendo que estos se resistían á la apoteosis de Alejandro, dijo: *Cuidado, que mientras custodiáis con tanto esmero el cielo, no perdáis la tierra*. Al oír que había muerto Alejandro, exclamó que el poder macedonio se asemejaba al cuerpo del ciclope, después de perdido su único ojo. Dijo tambien: *El pudor es la ciudadela de la hermosura*. Habiendo alguno preguntado á Teofrasto, qué tal orador le parecía Demóstenes, contestó: *Digno de su ciudad*; ¿y qué tal Démades? *Superior á su ciudad*. Juicio apasionado.

Con Pericles empezó, pues, la elocuencia en Atenas, y acabó con Demóstenes; en el espacio de uno á otro vivieron muchos retóricos y sofistas, por medio de los cuales pueden adquirirse bastantes noticias sobre aquellos tiempos, pero que no aumentaron en nada el tesoro de la ciencia ó las glorias de la humanidad.

Favoreció en alto grado el vuelo de la fantasía y de la razon una lengua como la griega, abundante en sus raíces, libre en sus construcciones, múltiple en las conjunciones y en la composicion, clara y flexible en la expresion de las ideas mas delicadas, la mas bella y armoniosa que hablaron nunca los hombres. Esta lengua se usó primeramente en la Tesalia y en

la Ftiotide, y luego dió origen á los dialectos eolio y jónico, el primero de los cuales era algo áspero, por la nacion agricola y cazadora de donde provenian los Griegos; mientras el jónico, adoptado por un pueblo industrial y mercantil, llegó á ser armonioso y pulido, y en boca de los Áticos alcanzó ventajas sobre todos los demas (1). El dórico se hablaba en el Peloponeso y por todos los Dorios, y era severo y duro, á propósito para los asuntos graves. En Homero se encuentran mezclados todos estos dialectos; pero estoy léjos de creer que él eligiese de intento una voz y una frase de este, y otra de aquel país: ni que acierten los que lo comparan á Dante, el cual, dicen, tomaba *la belleza vulgar* donde quiera que la encontraba. No, zurciendo de esa suerte no se producen obras notables; Homero escribió en la lengua comun á los poetas de su tiempo, parte de la cual envejeció después, otra vivió solamente entre los Eolios, y otra entre los Áticos y los Dorios, así como en uno ú otro de los dialectos italianos se hallan algunos modismos de los primeros Toscanos, que no se usan ya en Florencia, ni están admitidos por los buenos escritores.

La division entre los pueblos produjo, pues, y aumentó la de los dialectos procedentes de una lengua comun; pero al paso que entre las naciones se cultiva generalmente un solo dialecto que llega á ser la lengua escrita, como el castellano en España, el parisiense en Francia, el florentino en Italia, los diversos escritores de Grecia eligieron ora uno, ora otro, ó por ser el de su país nativo, ó por juzgarlo mas adecuado al asunto de que trataban. Alceo, Safo y Corina compusieron en el eólico; Herodoto é Hipócrates en el jónico; Hesiodo en el eólico, como Tucídides; los trágicos y los primeros autores cómicos en el ático antiguo, y los últimos y Platon en el nuevo. Píndaro, aunque eolio, prefirió el dórico, lo mismo que Pitágoras y Teócrito. El mando que pasaba de una ciudad á otra, los celos entre estas, y la necesidad que tenían los oradores de adoptar el lenguaje del pueblo, mantenian en pié estas distinciones; pero motivos imperceptibles para nosotros inducian el delicadísimo gusto griego á preferir un dialecto á otro segun la diversa índole de las composiciones.

Los Griegos habían recibido el alfabeto de los

(1) Es sabido que una verdulera conoció en la pronunciacion que Teofrasto era extranjero, el cual, sin embargo, había pasado en Atenas toda su vida, estudiando el modo de hablar mas elegante. Se cuentan otros rasgos del delicado oído de los Atenienses. El actor Ezíoco excitó la risa universal cuando pronunció en el Oréstes de Eurípides:

ἐκ κυμάτων γὰρ αἰθίς, αἶ γὰρ ἄλγην ὀρέω,

como si γὰρ no debiera unirse á la voz siguiente: οὐ γὰρ, dice el escoliador á propósito de este pasaje, θλάσαντα διελέειν τὴν συναλοισίην, ἐπιπέμπαντος τοῦ πνεύματος, τοῖς ἀκραυωμένοις τὴν γὰρ ἄλγην δόξας λέγειν τὸ ζῶον, ἀλλ' οὐχὶ τὰ γὰρ ἄλγην. Suidas (en la voz θερῶ) cuenta que el pueblo de Atenas rehusó el dinero que un orador le ofrecía, diciendo ἐγὼ ὑμῖν θανείω, mientras no se corrigiese y dijera θανείσω ὑμῖν.

Pelasgos, y se conservó memoria de inscripciones anteriores á Cadmo (1). Tal vez este no hizo sino enseñar el uso del *papiro*, mientras que al principio se escribía solamente en mármoles, madera ó metales; por lo que se dijo que habia llevado los caracteres fenicios. Á estos se añadieron en Grecia, primero, las cuatro vocales; luego la Y, que, segun se cree, introdujo Pitágoras; en seguida las Z, H, Θ en tiempo de la guerra de Troya; y por último, completó Simónides el alfabeto, agregándole las Ξ, Ψ y Ω.

CAPÍTULO XXI

Bellas artes (2).

Diferencia de las artes orientales.

Nada es capaz de dar á conocer mas cumplidamente la belleza griega que el estudio de los monumentos figurados, los cuales, mucho mejor que la lectura, descubren el justo y perfecto sentimiento estético, que nos hace perdonar á los Griegos el haber llamado bárbaros á las demas naciones. El símbolo en que permaneció oprimido el arte oriental, cedió el puesto en Grecia á la realidad, á la imitación ingenua, natural, sencilla, sin la confusion ni los embrollos del estilo asiático. Los Griegos excluyeron todos los elementos extraños, para fundir los homogéneos en un todo armónico, y asignar á cada especie los limites naturales, dentro de los cuales distintamente campean los diversos estilos. De aquí proviene la noble sencillez de las obras griegas, límpida y elocuente, y al mismo tiempo ceñida á expresar ni mas ni menos que lo que el sentimiento exige. Los Orientales carecian de regla y de medida; y debiendo la imagen de la Divinidad representar á sus ojos cuantas ideas se concebían acerca de ella, manifestar todos los puntos de vista que podían ofrecerse á una mitología fantástica, y ayudar á meditar sobre lo infinito, única cosa que creían digna de los pensamientos religiosos, procuraban llegar á la inmensidad sublime del primer Ser, ó componiendo letanías por medio de la palabra, ó acumulando símbolos y signos por medio del arte. Esto dió origen á esos dioses gigantescos hermafroditas, de muchos brazos, cabezas y pechos, que tienen y dirigen en sus manos los sobrepuestos órdenes de la creación; como si, en el impotente deseo de representar completa á la Divinidad, hubieran querido advertir al creyente que los abismos que la rodean no pueden sondarse sino por la inteligencia pura.

Primeras artes griegas

De aquel origen participaban las primeras obras quizá pelásgicas, de que se conserva memoria en Occidente; la Diana de Éfeso, con la mitad del cuerpo envuelta en cintas y bandas y lo demas toda pechos; la Vénus barbuda de Amatunta, el Jano itálico de cuatro frentes, el

(1) PAUSANIAS, I, 43.

(2) En esta parte nos referimos á nuestro tratado de ARQUEOLOGÍA.

Júpiter Patroo en Larisa, con tres ojos (1), los mismos Hermes que se encuentran en todas partes, y la fabula de los Titanes centímanos y del can de tres fauces. Pero debían ceder el puesto á la representación de la naturaleza escogida, al pasar á un pueblo que poseía el sentimiento de lo bello en un grado tal de viveza, que lo veheraba al par de la virtud. Los habitantes de Egesta en Sicilia alzaron un templo á Filipo de Crotona, porque era hermoso (2); por ser hermosa tambien, absolvieron los jueces á Friné; en Esparta, en Lésbos, entre los Parrasios, se abrían certámenes de belleza femenil; y de la varonil se instituyeron en Elide por el árcaide Cipse-lo (3): ni tampoco era el menor placer en los juegos el admirar las desnudas formas y actitudes, modificaciones de un arte siempre floreciente. Era condicion indispensable para desempeñar ciertos ministerios religiosos el haber alcanzado el premio de la hermosura; las cortesanas empleaban todo su cuidado en ser y parecer hermosas; las historias conservaron recuerdos de las personas mas bellas; y Simónides fundaba la felicidad en tener salud, ser *hermoso*, decorosamente rico, y vivir contento con los amigos (4).

Causas de su progreso.

Sentimiento estético.

No solo apreciaban mucho los Griegos la belleza material, sino tambien la del espíritu. Sabidos son los entusiastas aplausos dados por todo un pueblo á la narracion de Herodoto, y á las poesías de Pindaro y Corina. Degollaban sin piedad los Siracusanos á los Atenienses prisioneros en la guerra de Sicilia; mas al oírles declamar versos de Eurípides, rompieron sus cadenas, diéronles hospitalidad, y por último los enviaron libres á su patria. El odio y la envidia querían destruir á Atenas; con feroz é insultante propósito asistían los vencedores á la representación de una tragedia de Eurípides; mas al volverse el coro hacia Electra, diciéndole: *Hija de Agamemnon, nosotros venimos á tu humilde y desolada cabaña*, todos compararon tamañas miserias con las de Atenas, lloraron y la perdonaron (5). Hombres en quienes tal impresion hacía lo bello, ¿no era natural que lo elevasen al grado mas sublime en las artes?

La misma religion contribuía á fomentarlas, presentando los dioses con semblante y pasiones humanas, ennoblecidas hasta lo sublime, é imponiendo como acto de piedad la ejecucion de bellas obras; de manera que aquellos templos, mas que sitios de devocion, eran monumentos artísticos y nacionales.

Únase á esto el espíritu de libertad que, con el sentimiento de lo bello, convirtió el carácter griego en el mas poético y original; y que imponiendo al artista reglas, pero no trabas para que pudiera libremente ejecutar lo que libremente habia concebido, elevaba su ejecucion

(1) PAUSANIAS, *Corint.* II, 24.

(2) HERODOTO, V, 47.

(3) ATENEO, XIII, 6.

(4) PLATON, *Górgias*.(5) JENOFONTE, *Helen.* VII,

mecánica á la categoría de artificio y poder de la imaginacion.

Eran estímulo de las bellas artes los aplausos de los ciudadanos y las amplias recompensas populares; porque los grandes artistas, ántes que á los particulares, habian prestado sus servicios al público. En tiempo de Fidias se establecieron concursos de pintura en Delfos, Corinto (1) y otros puntos, y se consideraron las bellas artes dignas de la atencion de los gobiernos y de las leyes (2), como cooperadoras de la civilizacion y del refinamiento, y bienhechoras de la humanidad.

Superabundaban tambien los encargos á los artistas; pues sin hablar de las obras públicas, tan insignes en la época de Pericles, todo ciudadano podia depositar en el templo una estatua de cualquier materia que fuese, y tener seguridad de que nunca la sacarian de allí. Así es que se acumularon imágenes de toda clase de personas: en Delfos habia entre otras una del retórico Górgias, puesta en señal de gratitud por los Griegos; otra de Friné, adquirida con el producto de sus amores, y otra erigida por Creto, en testimonio de agradecimiento á una esclava lidia que le habia librado del veneno. Los alrededores de los templos estaban tambien llenos de estatuas, en especial de atlelas: Atenas habia poblado de ellas el Acrópolis, el Cerámico, el Pritaneo, el Mercado, los teatros y las calles; solo Demetrio Falereo erigió mas de 360: los isleños de Lipáris pusieron en Delfos tantas estatuas como naves habian quitado á los Etruscos: los Ambraciotas erigieron otra á un jumento que con sus rebuznos habia descubierto una emboscada de los Molosos; y la descripcion de Pausánias de quien tomamos estas particularidades, es en gran parte la historia de las estatuas griegas. Plinio tambien refiere que los Rodios tenían 3,000 estatuas, y en cuadros y esculturas mas valor que toda la Grecia junta; añadiendo que de un solo taller salian anualmente 1,500 estatuas.

Favorecidas por tan prósperas circunstancias las artes, habian hecho grandes progresos en la Grecia Asiática. La bellísima raza que habitaba la Jonia ofrecía admirables modelos, tanto que sus estatuas despojadas de los ropajes y las joyas con que las cargaban en la India y el Egipto, se presentaban desnudas. Allí se inventaron tambien los dos órdenes arquitectónicos llamados jónico y dórico. El primero, elegante y suave, adornaba con su voluta los templos de Vénus y Apolo, y cualquiera otro edificio que requiriese gracia: el otro sencillo y severo, con sus líneas salientes servia para templos de divinidades mas graves (3).

Órdenes jónico y dórico.

(1) PLINIO, III, 5.

(2) Una extraña ley de los Tebanos multaba á los pintores y escultores que no ejecutáran bien sus obras (PAUSANIAS), y otra ley previsorá de los de Éfeso condenaba al arquitecto á pagar de su bolsillo el exceso, cuando un edificio costaba una cuarta parte mas de lo que él habia calculado. (VITRUBIO.)

(3) El Napolitano Carelli (*Disertacion exegética acerca del origen y sistemas de la arquitectura sagrada entre los Grie-*

Verdadera ley de la arquitectura es el órden dórico, mas no ciertamente limitado á las reglas de Vitrubio, ni cual los modernos en el renacimiento clásico de las bellas artes le sacaron de los modelos adulterados por los Romanos. Mientras que en Egipto y en la India las proporciones arquitectónicas eran caprichosas, los Griegos hallaron el medio de darles regularidad, armonía y discreta imitacion, determinando los órdenes, esto es, las relaciones entre las formas, las proporciones y los adornos de los edificios y las cualidades que pueden expresarse por medio de la arquitectura; de manera que vista una parte se venga en conocimiento del todo, así como Cuvier con solo una mandíbula, ó un omóplato rehacia esqueletos de los animales antediluvianos.

Sin embargo, no se entienda que las reglas eran tiránicas, pues hasta el presente no se han encontrado dos edificios en que se hubiesen observado uniformemente: siempre le quedaba al artista libre el campo para quitar ó añadir aquel no sé qué, que ningun maestro ha podido determinar, y que es el complemento de la hermosura. Poniendo el mayor cuidado en la extension de las líneas horizontales, no se cuidaban tanto de su armonía con las perpendiculares; posponíase la geométrica regularidad al efecto de la perspectiva, colocando partes que el compas hubiera declarado fuera de lugar, pero que producian hermosa armonía con el todo: en una palabra, donde quiera aparecía la belleza tiernamente abrazada con la libertad.

Mal podriamos descubrir valiéndonos de los recursos históricos, quienes fueron los que con sus invenciones contribuyeron al esplendor de las bellas artes; los que Plinio recuerda, no son al parecer mas que unos entes de razon, creados por la costumbre griega de formar narraciones históricas sobre las etimologías ó vice versa. Segun este autor, los hermanos Euriolo (*espacioso*) é Hiperbion (*que vive en lo alto*) inventaron los ladrillos y el arte de construir paredes; Doquio (*argamasa*), hijo de Celo (*ca-verna*), halló el modo de hacer la cal; Cinara (*agitacion del fuego*), hijo de Agriopa (*selvático*), enseñó la manera de fabricar las tejas y fundir metales; Truson (*recinto*) fué el primero que levantó murallas, y los Cíclopes (*circulo*) inventaron las torres. Aquel Dédalo de quien tanto habla la fabula, parece que aprendió de los Egipcios, pues fabricó á Méfis; y tomando la

Dédalo.

gos, Nápoles 1831) intenta demostrar que la primera forma arquitectónica fueron las tumbas erigidas á los grandes hombres, como el templo de Teseo, el Erecteion del Acrópolis, etc. Parece efectivamente que el órden jónico es de origen funerario. El dórico es mas antiguo, y recuerda un origen egipcio, por ser macizo, poco elevado, con las columnas que apenas llegan á 4 diámetros inferiores y en forma de cono truncado, como las de Pesto. En tiempo de Pericles se elevaron hasta 5 diámetros y medio, teniendo las del Propileo cerca de 6; y posteriormente crecieron sus proporciones. Principalmente las columnas y el estilo de la tumba de Benihassan en Egipto presentan grande semejanza con la arquitectura dórica de los templos de Teseo y Minerva de Atenas y de Neptuno en Pesto y Agrigento. Véase la *Description de l'Egypte anc.* Tom. II.